

DIANA DE POITIERS.

(Histórico.)

SIGLO XVI.

ESTAMOS en mayo. Comienza á clarear el dia. Uno de sus primeros albores penetra en el dormitorio principal del antiguo castillo de Anet, derramando en él una luz blanquecina. El lecho ante el cual se desliza la débil luz de la aurora, está ocupado; pero qué persona yace sobre él, ¡Dios santo! ¡Qué noche tan agitada ha debido pasar el señor de este noble alcázar! ¡Qué le habrá sucedido, pues todo lo que en torno de él está se encuentra en el mas completo desórden!... Durmiendo está, sí, pero con ese sueño que el cansancio acarrea. Sus facciones indican un individuo de edad madura, mas tambien acusan un corazon apesarado y receloso.

Dormido como está se le ve mover los músculos de su rostro: no parece sino que le acosa alguna idea de esas que martirizan.

Despierta de repente. Levanta de la almohada la cabeza; pónese á mirar de aquí para allí con sobresalto.

—¡Carlota, madre!... exclama al mismo tiempo.

Luego, sin acabar la frase, pásase la mano por la frente como quien á brazo partido lucha con un doloroso pensamiento.

Y siguen vagando sus ojos, sin fijeza ninguna en sus miradas.

Por fin, abriendo nuevamente los labios: —¡Carlota, madre mia! acierta á decir haciendo un penoso esfuerzo, ¡por qué ha venido á buscarme esta noche vuestra imágen?

Efectivamente, él ha visto á su madre en sueños y esta idea de haber soñado á su madre parece atosigarle como una pesadilla.

—¿De qué procede esto? ¡Cómo es que le asusta la vista de su madre cuando por lo comun sirve de tanto consuelo á un hijo, ora sea en realidad ora en sueños!....

Levántase él á poco.

Vístese precipitadamente, y cabizbajo y como abrumado por su tristeza, éntrase en un aposento tendido de negro, en que no se advierte mas que un retrato grande de mujer que no se ve sino por el descuido de quién sabe qué mano que no corrió enteramente una cortina que arriba de él pende. Descorre él completamente esta cortina y con anheloso mirar contempla el retrato.

—Madre, dice después lentamente, como arrancando una por una sus palabras de lo mas hondo de su pecho; madre, habeis venido á verme anoche... ¡qué era lo que teniais que decirme?

No fuera poca la sorpresa del lector si

aquí se le dijese que el retrato respondió: pero el que le hablaba no dejó de admirarse de que no le contestara.

—Oh madre, prosigue este, vuestra aparicion ¿es por ventura algun presagio? y si no es mas que el efecto de mis tristes pensamientos... ¡oh, si algo teneis que decirme, decídmelo!.... ¿Hago bien en tomarla por esposa?

Callóse aquí, como si recelando haber dicho lo que no quisiera, temiese en castigo de su indiscrecion, que el retrato le contestara.

—¿Hago bien? prosiguió á poco. Oh madama Carlota de Francia, en nombre del respeto con que siempre he visto vuestra memoria, respondedme: ¿hago bien?.. La tomo por hermosa... tal vez es un desatino, siendo yo feo.... La tomo por joven.... acaso es otro desatino, siendo yo viejo.... Pero la tomo tambien por virtuosa.

Al decir esto soltóse sin querer una lágrima, flaquearonle las piernas y sin pensarlo cayó de rodillas ante el retrato de madama Carlota de Francia.

—¡Oh madre! no creais que por recordaros vuestro yerro he proferido esta palabra, pues bien os consta que ningun hijo ha desterrado con mayor esmero el deslíz materno de sus labios y de su pensamiento. He proferido la palabra virtud porque tengo la esperanza de que á la mujer que á ser va mi esposa.... ¡Oh! ¡desdichado, infeliz de mí si tal cosa le sucediese! Pero no; tiene sangre noble, y generosa dentro de sus venas, Juan de Poitiers¹ su padre es un leal caballero, honrado y valiente, el conde de Tournel... ¡no puede ser que su hija, ese ángel de beldad, bastardee de sus abuelos porque yo la tomo de mujer!.... Y luego ¡su lindo nombre

de Diaua no es una especie de garantía para mí? ¡no es este un nombre puro como ella y no tiene por ventura en su rostro toda la casta gracia de su patrona mitológica?..... Oh madre, decidme que hago bien en desposarme con ella, decidme que el demonio de las nupcias malditas no ha de venir á rondar mi casa; tranquilizad á vuestro hijo que lloroso os perdona y ora siempre por vos.... Ahora el año pasado, por mayo, fuí como los demás años, á pié y descubierta la cabeza á hacer mi romería á Coulombs, donde me postré de rodillas, como ahora estoy, ante vuestros restos mortales, y pedí á Dios que tuviese piedad de vuestra alma... Ya lo veis, madre; yo no echo al olvido mis obligaciones de hijo... Si algun consejo de madre teneis que darme, dádmele luego: decidme por amor de Dios, por qué me os habeis aparecido anoche.

El retrato se mantuvo sin chistar y sin hacer mas caso de esta súplica que de las anteriores; pero como iba adelantando el dia y aclarándose mas y mas por consiguiente el aposento, un rayo que se deslizó por el rostro de Carlota de Francia vino á dar á las facciones de aquella madre pecadora, pero castigada, una expresion menos tétrica y menos terrible, á los ojos de su hijo: parecióle á este entonces ver que algo se desencapotaba aquel semblante adusto, y preocupado tal vez por el vivo deseo que le agujoneaba, llegó á entender que en respuesta á su inquieta súplica habia visto entreabrirse los labios de su madre y despedir hácia él una sonrisa afable.

—¡Gracias, madre! exclamó al punto; ¡gracias!

Luego levántase, echa una postrera mirada al retrato, cúbrele enteramente con la cortina y sale paso á paso de aquel aposento lóbrego, cuya atmósfera le causa-

1 Poitiers.—2 Turnél.

ba siempre mil miedos y donde á la sazón habia ido, venciendo su habitual terror, en solicitud de una idea de consuelo.

Todo aquel dia le pasó en alternativas de temor y esperanza.

El dia siguiente, Luis de Brezé conde de Maulevrier, gran senescal de Normandía, hombre de cincuenta y cinco años, y uno de los señores mas feos de la corte de Francia, se desposaba con Diana de Poitiers, hija de Juan de Poitiers, conde de San Valier, doncella de quince años que lucia ya entre las hermosas mas sobresalientes de que pudiera ufanarse la corte de Francisco I.

Estamos en 1515.

Ya tenemos á Luis de Brezé, propietario del castillo de Anet, casado con una muchacha preciosa; ya tenemos á Diana de Poitiers hecha la esposa de un hombre feo y viejo... ¡Protéjalos el cielo á ambos! Bien lo necesitan á fe, sobre todo en medio de una corte licenciosa y un si es no es corrompida.

Estaba Diana dotada de cuantas gracias son propias para atraer, de cuantos hechizos tienen la virtud de cautivar: juventud, hermosura, despejo, todo le habia dado Dios á manos llenas... ¡Considérese por esto cuál no debió ser la congoja del gran senescal cuando el dia menos pensado vinieron á decirle, de parte del rey su señor, que habia de prepararse para ir á la guerra!

Francisco I que apenas acababa de subir las gradas de su trono, iba por via de principio á acometer la conquista del Milanés: el gran senescal de Normandía estaba designado por uno de los que habian de componer su séquito.

Bien se hará cargo el lector, después

1 Mol-vrié.

de lo que ha pasado entre Luis y el retrato de la señora su madre, cuán horrible no ha de ser la inquietud que se ha enseñoreado de su alma. Como hombre puntual y que conoce su deber, dispónese á prestar obediencia en el acto, á la orden que ha recibido.

—¡Oh! exclama de repente, ¡terrible aprieto de ir á guerrear cuando menos ganas tiene uno de ello y cuando hay que dejar á una mujer hermosa y joven, sola en su casa! ¡Qué cosa tan dura es á veces el deber! Ver uno en su casa á la que endulza todas las horas de su vida y tener que dejarla expuesta á la intemperie por irse léjos, quién sabe hasta dónde, y para no volver nunca jamás á verla si á mano viene!... ¡Quién pudiera cargar con todos sus tesoros adonde quiera que va! ¡así no tendria yo que temer á los ladrones mientras me encuentro ausente!... ¡pero considerar que tengo que separarme de ella y que todos los mocitos de la corte vendrán á rondarla como mariposas y le tenderán mil redes!... ¡considerar que mi preciosa Diana podrá llegar, por hastío y por divertir el tiempo, á pensar en otros y á enterrarme en el olvido! ¡Oh suerte burlona! ¡con razon queria yo que me dijese mi madre y con razon tenia yo tanto recelo!...

—¡De qué? rompe una voz suave y halagüeña que se deja oír á espaldas del senescal.

Luis de Brezé vuelve la cara con viveza.

—¡Quién es? exclama.

—Diana, contestó la misma voz, con acento mas amable.

—¡Vos, mi señora de mi vida?

—Ya iba yo á mandar llamaros.

—Pues aquí me teneis para lo que gusteis mandarme. ¡De qué recelos estábais hablando antes?

El senescal echa á su mujer una mirada profunda y resignada.

—Yo tiemblo de separarme de vos, Diana... como se tiembla de apartarse de lo que mas se quiere en el mundo.

—¡Separarse de mí? ¿y por qué tratais de separaros de mí?

—El rey va á guerrear, Diana, y me lleva consigo.

—Pues qué, conde, ¿no le puede al rey apesadumbrar á las familias y llevarse consigo la mitad de ellas?

—¡Con tal que Dios sea servido cuidar la mitad que se queda!... habló para sí el senescal. Vamos, Diana, prosiguió en voz alta, es preciso resignarse: esto es para bien del país y por la voluntad de mi señor.

—No se debe desobedecer al rey, monseñor.

La cara con que Diana profirió estas palabras no hizo muy buen estómago á Luis de Brezé, pareciéndole quizá advertir en su semblante mas resignacion que no hubiera querido ver. Bien consideraba que él por su parte debia obedecer á su príncipe; pero ella, ¿por qué se lo daba á entender de una manera tan terminante? ¿Qué disposicion de ánimo le hacia entrever esta condescendencia? No podia él explicárselo; mas esta palabra coincidia demasiado bien con sus temores para que no le lastimase.

—Dices bien, Diana, contestóle procurando disimular el disgusto que en sus adentros tenia; es verdad, la obediencia á su rey es uno de los medios mas seguros... feliz.

Y este coloquio, que habia parecido deber ser largo y lastimoso, iba á dar fin con lo dicho.

—A dios, decíale ya á su mujer, á dios mi preciosa Diana, ángel tutelar mio, ¡á dios!... no eches en olvido á tu esposo...

Tom. II.

Voy á la guerra, y tal vez perderé la vida en el campo de batalla... por obedecer á mi rey... ¡A dios!

Y abrazóla triste y afectuosamente.

Mas Diana, volviendo á tomar de pronto la palabra:

—Enantes, conde, díjole, cuando estábais hablando de recelos, me parece que os oí hablar como de querer pedir algo á vuestra madre.

—Diana, responde el senescal haciéndose fuerza, mi madre es difunta y nada se puede pedir á los difuntos.

—Pues tal me parecia que habíais hablado de ella.

—Con frecuencia pienso en ella, Diana; pero rara vez la miento, como bien lo sabeis. Su memoria es para mí sumamente grata. Todos los años cumplo respecto de ella ciertos piadosos deberes; pero nunca se me representa su imágen ni se me viene á los labios su nombre sin causarme profunda tristeza.

Aquí ya no pudo disimular lo que pasaba en su pecho: la preciosa senescala advirtió su perturbacion, y no pudo menos de afligirse.

Interrogó con la vista al conde.

El conde no estaba al parecer muy dispuesto á responderle.

—¡Qué cosa triste ha pasado entre vos y vuestra madre? preguntó en fin la joven.

El senescal agarró involuntariamente á su cara mitad de una mano: la pregunta le sacó fuera de sí.

—Entre ella y yo, respondió, nada; nada fuera de lo que es natural que pase entre una madre y un hijo.

—Pues entonces, repuso Diana de Poitiers, cuya perplejidad subia de punto, ¿á qué son esos melancólicos recuerdos?

—Porque ella puso á un hombre honrado, á un noble caballero en estrecho de cometer un delito.

P.—25

—¿Vuestra madre, conde?
 —Sí, señora.
 —¿Y qué hombre fué ese á quien puso en estrecho?...
 —De cometer el delito, ¿no?
 —Sí.
 —Su marido, señora... ¡mi padre!
 —¿Y qué delito fué? sigue preguntando Diana con mas y mas pavor.
 —Una muerte.
 —¿Una muerte! ¿Y en quién, Dios santo!
 —En ella, señora.
 —¿Cómo! ¿la asesinó?
 —Él mismo.
 —¿Y por qué? ¿Qué le hizo ella?
 —Lo que hizo, Diana?
 —Sí, conde.
 —No hay en este mundo, acordaos bien de esto, no hay en este mundo mas que una razon que pueda obligar á un marido á quitar la vida á su mujer... y esta razon es la que todos los años me hace encomendar á Dios el alma de madama Carlota de Francia, mi madre, matada por Jacob de Brezé, mi padre, el dia 6 de mayo del año 1474.
 No habia dejado Diana de caer en lo que decia su marido: con todo, escapósele otra mas pregunta, y arrojando un grito involuntario:
 —Pero señor, ¿qué habia hecho la pobre?
 —¿Qué? Lo que no alcanza nunca perdon de Dios, sobre todo cuando la ofensa se hace á un hombre de bien, señora, responde el senescal con severa mirada: ella engañó á su marido.
 —Jesucristo perdonó á la mujer adúltera, conde, replica Diana en medio de las ansias que le causaba esta conversacion.
 Así le cayó en gracia á Luis de Brezé esta frase como aquella otra de "obedecer al rey." Otra vez mudó de semblante,

pareciéndole ver algo aciago en tales réplicas, demasiado resignadas á su entender y que casi valian una justificacion del mismo delito cuyo cruento castigo acababa él de referir.
 —Los hombres no son como Jesucristo.... dijo contestando á Diana; y luego tambien...
 Tragóse lo demás. Pasóse un momento sin que nadie chistara.
 Diana estaba hondamente conmovida.
 Por fin, el conde, saliendo de su dolorosa meditacion:
 —¿Para qué hemos de entristecernos así? dijo. Cada vez que se ofrece hablar de esta pesada ocurrencia lo resiente mi espíritu. Y por ningun camino quisiera yo, Diana de mi vida, que hiciésemos nuestra despedida con pensamientos tan lúgubres.
 En vos tengo puesto mi amor todo, en vos tengo puesta la esperanza de mi casa, en vos veo el báculo de mi vejez. Diana, ángel que el cielo me ha dado para mi amparo, amparadme de veras: con vuestras oraciones, velad sobre mí cuando me vea yo en medio de los combates. Si llego á rendir la vida y á morir antes que vos, volad hasta mí y dad á mi alma el ósculo de paz: si es que vuelvo á vuestro lado, regocijaos y ufanaos de volver á verme.... ¡A dios, tesoro de lozanía y hermosura, á dios, mi Diana de mi corazon!... Orad, y defendeos de las tentaciones del demonio.... Pues aunque sois un ángel, el demonio tiende muchas emboscadas, y tales serian las que pudiera tenderos que fuesen superiores á vuestra virtud.... Me marchó.... ¡A dios, Diana de mi alma!... ¡á dios!...

.....
 Poco despúes de esta escena, el conde de Maulevrier acompañaba á Francisco I en su expedicion contra el Milanés.
 Y la bella senescala se habia quedado viuda con la ausencia de su marido, y ex-

puesta á todas las tentaciones de que su esposo le habia encargado con tanto ahinco que se guardara.
 Dejemos pasar unos cuantos años, que ya volveremos á ver al receloso marido. Entre tanto, la preciosa senescala se daba á conocer en la corte, en aquel mundo de galanteos donde casi siempre sobraba con ser hermosa para caer en la perdicion. Dejémosla vivir un poco en aquella atmósfera que desvanece, y retirarse algun tiempo á Anet, pasando así su vida entre el mar proceloso y el abrigado puerto, ora meditando en los recelos de su marido y el amor que á él debe, ora tal cual alborotada por los esplendores seductivos de la corte.
 En 1523 ocurrió la memorable conspiracion del condestable de Borbon, fomentada, como se sabe, por el emperador Carlos V con la mira de hacerse dueño del reino de Francia, mediante la donacion de la Provenza, el Delfinado y algunos otros hermosos dominios al sobredicho condestable, en pago de su alevosía. Descubrióse esta trama, el director de ella con varios de sus cómplices se refugió en Italia; pero el malaventurado conde de Saint-Vallier, amigo íntimo del traidor y padre de nuestra bella Diana, cayó en las garras de Francisco I y vino á ser sentenciado á la pena de ser decapitado en un cadalso.
 A la sazón Luis de Brezé habia regresado de la guerra. Sin embargo de sus recelos, su jóven esposa se habia conservado digna de él y de su amor.
 Terrible fué para Diana el golpe de la noticia de la sentencia de su padre.
 —¿Conde! exclamó corriendo hácia el senescal, ¿qué horrenda desgracia nos viene encima!
 —Ya me lo sabia yo, señora mia; solo que por ser cosa que no tiene remedio me lo habia yo callado.

—¿Sin remedio!.... ¡No, no puede ser exclamó ella con un ímpetu generoso. Mi padre no ha de perder la vida como un delincuente, eso no es posible; que yo le salvaré.
 —¿Vos, señora?
 —Sí, conde, yo.
 —¿Y de qué suerte?
 —Conde, ¿quereis llevarme á la corte?
 —¿Qué tiene que ver la corte con vuestro padre?
 —¡Oh, mi señor de Brezé, este es un ruego desesperado! no os negueis á él: considerad que una hora, un minuto puede ser mortal para mi padre.. ¡Se necesita tan poco tiempo para troncar una cabeza!
 —No me resisto á lo que deseais, Diana, pero explicadme....
 —El rey es bondadoso, señor, y voy á arrojarme á sus plantas para pedirle la gracia de mi padre....
 —¿Y conseguirla?
 —Tengo esperanzas de que sí, conde.
 —Vaya, señora, marchad, responde el senescal con el acento y el semblante de la mas triste resignacion; marchad nora buena.
 —¿No me acompañais vos? preguntó Diana sorprendida de una condescendencia tan brevemente enunciada.
 —No puedo, señora mia; marchad. El tiempo es precioso, como ya me lo habeis dicho: marchad marchad; ¡y gurádeos Dios!
 El conde de Maulevrier comenzaba á entrever una suerte de fatalidad que le acosaba; mas no tenia el pobre bastante fuerza para desviar la marcha de las circunstancias. Tan solo sabia dejarlas venir, sometiéndose buenamente á sus consecuencias con la muda y tétrica resignacion que le era peculiar.
 Marchó Diana.
 ¡Que vaya! Váyase la pobre muchacha.... está escrito que ha de dar ella pesadumbres á su marido.

Luego que se hubo ausentado la jóven, el gran senescal se puso á decir para su capote:

—¡Se va y no la acompaño yo! ¿Por qué no me voy con ella? ¿Qué demonio es el que mi impide de seguirla?... Pero en resumidas cuentas lleva una encomienda tan santa... ¿qué puedo yo recelar? ¿Es posible que teniendo en la cabeza el pedir la gracia de su padre le ocurra engañar á su marido?... no; pero es cierto que sin quererlo sucede á veces. Con todo, ya he visto que sabe resistir, y bien me lo prueba el haberla encontrado intacta á mi vuelta de la guerra... Entonces la edad es la que me sugiere recelos infundados. No porque mis cabellos han de encanecer antes que los suyos debo desconfiar de la fe que me tiene jurada. Ella en mí ve el apoyo y el guía de su juventud. No, mi adorada Diana, ¿no es verdad que no has de darme en qué sentir? ¿No es verdad que debo cerrar los ojos en tu amor?... Luego, la mujer que sabe postrarse á los piés del que condena á su padre debe saber levantarse ante su propio seductor.

Y tal cual tranquilizado con el acto generoso de su Diana, el conde de Maulévrier sintió serenársele un poco el alma en medio de la enfermiza turbulencia de sus pensamientos.

Hablábase mucho en la corte de la traición del condestable de Borbon.

Nombrábanse los principales cómplices, tratábase de su condenaion con semblante compasivo, cuando el nombre de Juan de Poitiers penetró hasta los oídos del rey.

—Y ¿por qué, dijo Francisco I con acento de despacho, por qué ese viejo ha tenido la peregrina ocurrencia de meterse en estas cosas? Querido y respetado co-

mo era de todos, ¿á qué manchar ahora sus canas?

—Si alguien merece compasion es el conde de Saint-Vallier, señor.

—Lo siento por su querida Diana, su hija...

A esto entró su paje.

—Señor, una dama quiere hablar á vuestra majestad.

—¿Qué quiere?

—Señor, viene anegada en llanto, y no quiere hablar sino con vuestra majestad.

—¿Quién es?

—Creo, señor, que es la gran senescala de Normandía.

—¡Oh! ¡la linda senescala! pusiéronse á cuchichear cási todos los caballeros presentes.

—¡Ah! ¡Diana de Poitiers! dice entre dientes el rey; ¡ya extrañaba yo que no hubiera parado en esto el amor filial! Que entre.

—Señor, ella solicita hablar con vos, pero con vos... solo.

—Estoy por lo mismo: traedla.

Y á un ademan airoso del rey, retiráronse todos los señores, no sin irse sonriendo á socapa, dejando libre el campo á la hija del culpado Juan de Poitiers.

Conducen á Diana.

—¡Gracia! gracia! exclama ella arrojándose á las plantas del rey; señor, ¡otorgadme el perdon de mi padre!

—Señora, vuestro padre es muy delincuente.

—Señor, el noble anciano es la primera vez que delinque... Tened consideracion con su edad... no es cosa de ver con ojos enjutos caer bajo la cuchilla una...

—Si alguna vez he tenido pena en condenar ha sido ahora.

—Señor, mirad que vengo desde Anet, sola, inundada en llanto... que de algo ha

de servir para el padre el dolor de la hija... Paréceme en razon que se tome en cuenta la súplica de una hija.

—Señora, confieso que sois una hija digna y apasionada.

—¡Si con esto pudiera yo salvarle, señor!

—Temo que no esté en mi arbitrio.

—Señor, os lo suplico nuevamente... ¡Gracia! ¡perdon para el noble señor de Tournelles! Echad en olvido, os lo ruego, que ha conocido á Carlos de Borbon y recordad tan solo que ha prestado sus servicios á Francisco I... ¡Oh noble y generoso rey de Francia! ¡otorgadme la gracia de mi padre!

—Señora...

—Señor, la mas hermosa prerogativa de un rey, es la clemencia.

—Verdad es, señora, y hay veces que un rey puede verse dichoso ejerciéndola.

—Pues entonces, señor...

—Pues entonces, señora...

—No puede ofrecerse mejor ocasion: ¿qué aguardais?

—A poder contestar á vuestra sentencia de enantes. Sí, la clemencia es la mas hermosa prerogativa de un rey... Yo soy rey y lo tendré presente: vos, señora, acordaos por vuestra parte de que la mayor elocuencia de una mujer es la hermosura.

—Señor, se dice que Dios me la ha dado: si así es le bendeciré de que pueda servirme en bien de mi padre.

—Entonces debeis dar á Dios muchas acciones de gracias.

—¿Por qué, señor?

—Porque vuestra hermosura, ella sola, puede lograrlo todo.

—Cómo, señor; ¿sin contar con vuestra clemencia?

—La una ayuda á la otra, señora. ¿Cómo queréis que haya quien niegue nada

á una boca tan preciosa, á unos ojos tan halagüeñamente rendidos?

—Segun eso, señor, ¿tendré la suerte de lograr mi deseo?...

—Y al mismo tiempo la satisfaccion de decir que los hechizos de vuestra divina persona habrán sido una de las causas de ello.

—¡Oh! ¡gracias, señor, gracias!... Y tú, Dios mio, gracias tambien por haberme hecho hermosa, pues que mi hermosura me sirve de algo...

Y en esto, la bella senescala, fuera de sí de júbilo iba á retirarse.

—¡Una palabra! díjole el rey deteniéndola.

Diana levantó los ojos á mirar á Francisco I.

Es muy probable que si el rey no hubiera sido rey, se habria arrojado á las plantas de Diana. Pero el rey, dueño de una circunstancia crítica, no necesitaba rogar.

Mantuviéronse así ambos un rato, Diana con una de sus manos entre la de Francisco I y este con la vista siempre clavada en la jóven á quien trataba de vender la gracia de su padre.

¿Qué era lo que pasaba en el alma de Diana de Poitiers? ¿Qué poderío fascinador ejercia en ella la mirada del rey? ¿Aquella mirada fué acaso bastante elocuente para darle á entender un deseo imperioso? ¿Adivinó quizá ella que á pesar de la buena disposion manifestada por el monarca ella no tenia mas que elegir entre una negativa... ó una condescendencia?.. Muy entendido será quien diga lo que pasó en aquel trance, entre aquellas dos criaturas; pero lo que sí puede cualquiera decir, porque esto así sucedió, es que la bella senescala se inclina, quién sabe con qué dosis de buena voluntad, bajo el deseo tácitamente expresado por el rey, de

quien no se despidió sino hasta el día siguiente.

Francisco I, á fuer de hombre galante que era, expidió al punto la gracia del conde de Saint-Vallier; pero el conde estaba ya entre las manos del verdugo. "Al bajar del cadalso, dice Brantome, no dijo mas que: *Salvo la honra de mi hija que tan bien me ha salvado...*" ¡Harto tiempo era! Sin embargo, el terror hizo en él tal efecto, que le cogió una fiebre, la cual se llamó *fiebre de Saint-Vallier*, de que murió á poco.

¡Pobre Diana! Su costoso sacrificio dió un resultado muy corto...

(Concluirá.)

A LAS BELLAS.

—¡Sois bellas! Vivid pues en conformidad con la preciosa forma que os ha dado el Criador, y que la perfeccion de vuestra hermosura os enseñe á hermosear vuestro espíritu con la virtud, ornato de los amados del Señor.

LA OREJA DE OSO.

Al cultivar esta planta cuidese de que los tallos á medida que se levanten no reciban ningun movimiento, y al regarla cuidese tambien que en la coronilla de la flor no quede ninguna humedad. La OREJA DE OSO (*Primula auricula*) es una planta desde cuya raíz nacen varias hojas, de tres á cuatro pulgadas de largo, oblongas y que se adelgazan hácia la base; del centro de ellas nace un tallo cilíndrico de unas seis pulgadas de alto, y al extremo en forma de un ramillete las flores, que son de color encarnado oscuro.

BENEFICENCIA.

En Paris se ha formado una sociedad, bajo la especial proteccion del arzobispo, con el fin de proveer de pan á las clases

menesterosas, á razon de veinticinco por ciento, es decir la cuarta parte, menos del precio corriente.

CÁLCULO PRUDENCIAL.

La profundidad del mar en el océano Atlántico meridional se dice ser de tres mil cien brazas ó diez y ocho mil trescientos piés ó seis mil doscientas varas ó una legua y veinticuatro centavos.

ENIGMA.

Parece árbol, pero no es;
Ni raíz, ni tallo presenta;
Mas su follaje alimenta
A la triste humanidad.

Destilan savia sus hojas,
Y cubren frutos sabrosos,
Saludables ó dañosos,
Que es árbol del bien y el mal.

De padres á hijos pasa
Hasta diez generaciones;
Mas las consideraciones
Con la edad suele perder.

La polilla y los muchachos,
Y el incansable raton,
Como seres sin razon
Lléganle al cabo á romper.

Es este su crudo invierno;
Caen sus hojas á manojos;
Luego vienen sus despojos
A parar en la botica,

Que aunque no es medicinal
Esta planta curiosa,
Una mano caprichosa
A envoltorio la dedica.

Jesús Aleman de Valer

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

EL CHALECO.

ULTIMAS

MODAS DE PARIS.

EL día que usted no tenga asunto para escribir una novela, me decia una de estas noches pasadas una preciosa compatriota con satírica risa y asomando por sus entreabiertos labios, encendidos como una rosa encarnada, unos dientes blancos como el mas fino marfil; el día que usted no tenga asunto para una novela, escriba usted sobre las *Cadenas*. Ya usted ve, ¡las cadenas han dado ya á todos nuestros novelistas mas de diez artículos, á cual mas guapo!...

—¡No! prorumpió una amiga de la interlocutora, extendiendo con disimulada coquetería su pié, primoroso pié encajonado en una chinela de terciopelo carmesí; no, señor, porque en el mismo hecho de estar ya demasiado trillado lo de las cadenas, no querrá usted tomarlo para un milésimo artículo, sobre todo, corriendo el riesgo inminente de quedar tan lucido como los que ya *han escrito cadenas*. No señor; escriba usted sobre una cosa nueva, sobre los bienes del clero, por ejemplo, materia que instruye, si no divierte, y *reconcilia* el sueño cuando menos dispuesta está una á dormir...

Las dos interlocutoras y otras mas que allí habia y presentes estaban, rompieron en carcajadas, abriendo bien los labios la

que tenia hermosos dientes, sacando y ocultando el pié la que le tenia bonito, y durmiendo los ojos la que los tenia parleros, y todo esto con mucha naturalidad, sin pretension de ningun género: á lo menos, así querian persuadirlo ellas, y si yo no lo creí, culpa tan solo fué de mi refinada malicia, que me ha hecho adoptar como dogma de fe mundanal aquello de: Piensa mal y acertarás.

Concluida la descarga de risas, tratóse de otra cosa muy mas seria.

—Ustedes los periodistas, díjome una de las amables tertulianas, no se tientan el corazon para dar al público gato por liebre.

—No soy yo periodista, contesté al punto. Y si lo fuera, no daria á usted motivo para *formular* ese tremendo reproche, capaz de confundir aun al que no es delincuente.

—Dejemos piropos y subterfugios á un lado; pero el hecho es que he visto unos figurines, llegados últimamente de Paris, segun dicho del editor de no sé qué periódico, y los tales figurines no representan modas corrientes. Luego tambien, ¿qué idea puede uno formar de una figura, una sola, cuyo traje no se ve mas que de frente?

—No entraré yo en la cuestion que us-